



DOS PARTIDAS A LOS DADOS.

CRÓNICA DEL SIGLO TRECE.

(1379.)

MATILDE, la joven y hermosa castellana de un antiguo castillo situado en los confines de Castilla sobre la frontera de Aragon, iba ya á despojarse de los atavíos que la habian engalanado durante el dia, para abandonarse á las dulzuras del sueño, cuando entró de repente en su aposento una de sus dueñas.

—Noble señora, dijo María, no habeis oído el grito del centinela? no oís como lo repite.

Matilde inclinó la cabeza para percibir mejor el ruido. —Sí, María, si es el grito del centinela; pero el grito del buho se oye

también á lo lejos, grito de funesto presagio, y al decir esto se aproximó á la ventana ogival de la torre, y levantó con su blanca y delicada mano el pesado tapiz que ocultaba los pálidos rayos de la luna. Abrió María la ventana, y las dos mujeres echaban sus vagas miradas sobre los desiertos campos y el solitario camino.

—Ves, dijo Matilde, cuán agitado zumba el viento, cuán sombría está la noche, y negras nubes oscurecen la luna, y levantando la cabeza añadió no sin terror; una tempestad se prepara en el cielo... Enrique esta ausente!

—Igual noche hizo, dijo María, la vispera del día en que vuestro esposo, mi señor, marchó con sus gentes de guerra á combatir contra los infieles.

—Y no volvió nunca! dijo Matilde lanzando un triste suspiro.

Dos fuertes golpes dados en la puerta del cuarto hicieron estremecer á las dos mujeres. María ocultó el rostro en sus manos. Matilde se dirigió á la puerta con su acostumbrada dignidad. Abrió la puerta, y se encontró cara á cara con el viejo escudero de su marido, Hernando, que no había podido encontrar la muerte lidiando donde la halló su desventurado amo. Inclínó el anciano su cabeza encanecida, delante de su señora, y le dijo con tono doloroso.

—Os traigo, noble castellana, una fatal noticia.

—Hablad, dijo Matilde. — Miróla el anciano con respetuosa compasion. — Mi corazon es firme, Hernando: acaso es esta la primera vez que la desgracia visita el techo de mis padres?

—Ay! respondió Hernando con voz debilitada por el dolor. El señor Enrique ha sido hecho prisionero. Su paje todo cubierto de sangre ha podido arrastrarse hasta las puertas del castillo.

—Dónde está? quiero preguntarle....

—Murió despues de haber cumplido su comision.

—Pobre Ansuez! dijo Matilde enjugando una lágrima, cuán corta ha sido su vida! Hernando, haced que velen su cuerpo, y que el capellan del castillo recite por él las oraciones de los muertos.

Yo voy á ocuparme de los medios de sacar á mi hijo Enrique de manos de los bandidos.

—Piden, señora, demasiado oro, y somos muy pobres.

—No podríamos tomarlo á préstamo de los señores mis parientes?

—Estan poco menos que nosotros; y esos paganos, añadió Hernando dolorosamente, hablando de los ladrones, esos paganos amenazan matar á mi amo, si antes de ocho dias no se les satisface el rescate que piden.

—Qué hacer? preguntó llena de espanto la desconsolada madre.... escuchad, Hernando, tomad todas las joyas de mi madre,

todas las mias tambien, y obtened de ellos que dejen la vida á mi pobre hijo Arturo, hasta el dia en que yo pueda pagar el rescate que me piden.

Las continuas guerras civiles que habian agitado á Castilla durante el reinado de D. Pedro el Cruel, habian hecho que los señores que contra él se rebelaron se valiesen de hombres de genio audaz, que vendian su vida á precio de oro, sin cuidarse de si D. Pedro era el legítimo rey, ó el bastardo Enrique de Trastamara. El drama se desenlazó en Montiel, en donde dos hermanos lucharon cuerpo á cuerpo, y el fratricida D. Enrique triunfó, y fué rey de Castilla, y como rey le adularon los escritores de aquella época, y legaron á la posteridad el nombre de D. Pedro como el de un monstruo de barbarie y ferocidad. Sus desmanes fueron mas hijos de la época en que vivió, de las terribles situaciones que tuvo que vencer, que de su carácter. Pacificada Castilla con su muerte, los hombres avezados al robo y á la matanza, no se sujetaron en muchas partes al yugo de Trastamara, sino que adoptando una vida errante, cautivaban á los pasajeros, les exigian por su rescate crecidas sumas, y aun algunas veces acometian los castillos menos fuertes, y se entregaban á todo género de excesos.

Una de estas bandas de facinerosos habia hecho prisionero á Enrique, hijo de la condesa Matilde, doncel de grandes esperanzas, y que se hallaba aquel dia cazando con sus gentes en uno de sus bosques; la caza era entonces la ocupacion de los nobles, y un aprendizaje para la guerra, que era el estado normal de aquellos tiempos. En vano las gentes de Enrique y él mismo se habian defendido contra los bandidos; tuvieron que ceder, y el fiel Ansurez, aunque herido, habeis visto, amables niños, que fué el único que llegó al castillo á intimar la resolusion de los aventureros.

Todo el tiempo que el fiel Hernando estuvo ausente, Matilde lo pasó en hacer cálculos y proyectos que no podian realizarse, ó en dirigir sus fervorosas oraciones al cielo pidiéndole la libertad de su hijo.

Hernando volvió al fin triste, agobiado, sin haber podido obtener nada. La tarde en que volvió, la infeliz castellana andubo errante por las alamedas del castillo, revolviendo mil ideas en su afligida mente. Su fiel Hernando la seguia respetuosamente á lo lejos.

—Esta noche es preciso marchar, dijo Matilde volviéndose repentinamente á su escudero; que nada te detenga.

—Estoy dispuesto, respondió Hernando; pero necesitamos llevar mucho oro... y no lo tenemos.

—El corazon de una madre es un tesoro; mis lágrimas ablandarán al jefe de los aventureros.

:

Aquella misma noche salió del castillo la condesa Matilde acompañada del anciano Hernando, que en vano había procurado disuadirla de su arrojada empresa haciéndola ver los grandes riesgos á que se esponía una dama jóven aun y hermosa, y que iba á presentarse á una turba de aventureros de vida desenfrenada y licenciosa. Matilde era madre, había perdido á su hijo único, y solo escuchó su corazón. Largo y penoso fué el camino, porque la continua movilidad en que vivían los aventureros les hacia estar tan pronto en un punto como en otro. Al fin despues de muchas investigaciones logró descubrir su paradero. Llevaba consigo sus pocas alhajas, resto de su pasada opulencia. Pero no tenía más que palabras sollozos y lágrimas que llevar al jefe de los aventureros. Cómo podría satisfacer su brutal avaricia? Fatigada con tanta agitación, cesó de pensar en nada, y cesó aun de ver, porque sus ojos se habían oscurecido enteramente, cuando llegó á la habitacion de los bandidos. Grandes carcajadas y gritos vinieron á sacarla de su abatimiento; vióse rodeada de hombres de rostro tostado y facha insolente y dura. Estaba en medio de los aventureros. Cerca del sitio donde había hecho el encuentro de estos hombres, encuentro á la vez tan deseado por ella, y tan fatal, se alzaba un gran castillo, cuyas ventanas aparecian iluminadas por las antorchas que alumbraban las habitaciones en el interior. El corazón de la madre le dijo que su Enrique estaba seguramente allí. Interrogada por aquellos hombres, les pidió que la condujesen á la presencia de su jefe. Uno de ellos le respondió que el jefe había pasado la noche en beber, y que mas necesidad tenia de dormir que de tiernas conversaciones con una dama. Esta explicación fué seguida de groseras chanzonetas, que traspasaban el corazón de la condesa tan acostumbrada al respeto y consideración de sus gentes. Condujéronla á la presencia del jefe. La vista de este hombre no era para tranquilizarla. Era viejo, pero toda su figura llevaba el sello de un carácter sórdido, y de una inteligencia astuta y feroz. A su alrededor se encontraban sus mas queridos guerreros; algunos eran seres completamente ignobles, brutos; otros descubrian aun restos de pasado orgullo, y de mas noble carrera. Estaban medio ébrios, soñolientos, como que acababan de salir de un festin. Se hallaban completamente desnudas si un haz de armas en forma de trofeo no hubiese adornado uno de los rincones.

El jefe Juan Montiel sentado delante de una mesa de encina esculpida, en donde había dados, y un enorme jarro lleno de vino, alzó sobre la dama una insolente mirada, que la hizo cubrir

su rostro de rubor. Con un tono grosero le preguntó lo que quería. Matilde nombró á Enrique.

—Traes oro?

La madre de Enrique bajó la cabeza, y guardó silencio.

—Traes oro? repitió el jefe.

—Arrastrada por su corazón la noble madre, extendió sus manos suplicantes á este hombre, que se echó á reír á carcajadas.

—Qué habeis hecho de Enrique? llevadme á su lado! dónde está? dónde está?

—Dónde no le dé el sol, respondió el jefe con feroz alegría: te fastidiarías si te llevase á donde está. Verdad es que ya pasará allí pocos días. Yo no guardo seres inútiles.

Matilde cayó postrada á los pies del bandido, anegada en llanto.

—Estás loca? chiquita; un hombre de barba gris no cede á palabras huecas y á algunas gotas de agua.

Matilde se obstinaba sin embargo en guardar su desolante y humilde postura. La cólera, las burlas, las injurias no pudieron hacérsela abandonar.

De repente una idea caprichosa, extraordinaria, pasa por la cabeza del jefe de los aventureros.

—Eres afortunada al juego de los dados? jugarémos.

—No! podré jugar cuando la angustia llena mi corazón.

—Pero yo quiero que juegues. Sabes lo que jugarémos? la libertad ó la muerte de Enrique.

—No! no! exclamó la pobre madre levantándose espantada.

—Juan Montiel arqueó sus encanecidas cejas.—Jugarás, ó te hago traer ahora mismo aquí su cabeza.

Matilde se resignó con toda la energía de la desesperación.

El viejo jefe tomó los dados, y con un aire de descuido é indiferencia que hacía estremecer, los arrojó sobre la mesa, y sin hacer ni un movimiento para ver los puntos que marcaban. Todas las cabezas de los presentes se adelantaron, muchas voces gritaron á la vez *diez*.

—A tí, mujer, dijo Juan Montiel con un tono impasible. Matilde extendió la mano para tomar los dados, pero sus ojos se anublaron, y su mano palpaba por la mesa sin coger nada.

—Pues tú tienes buenos ojos, dijo el jefe con su feroz ironía.... pero concluyamos pronto, que estoy cansado.

La infeliz madre cojió los dados. Su mano se quedó fria, inmóvil como el mármol cuando los tocó. Fué aun preciso que los acentos groseros y desapiadados de Montiel resonasen en sus oídos para que saliese de su funesta insensibilidad. Entonces fuera de sí agitó los dados en su mano, y los dejó caer sobre la mesa. Despues silenciosa, pálida, con la vista fija, quedó con la mano inmóvil y suspendida sobre los dados. Esta vez el jefe

alargó con curiosidad la cabeza para ver. Matilde no veía nada: el número *doce* resonó en su oído sin que comprendiese su sentido. Tampoco oyó las horribles imprecaciones del viejo Juan Montiel y de algunos otros bandidos.

Cuando Matilde, á quien habia sostenido su viejo y fiel escudero Hernando, volvió á recobrar su inteligencia, se halló estrechando amorosamente en sus brazos á su querido Enrique, á quien desde entonces no permitia alejarse de su lado. Habia padecido tanto durante su corto cautiverio! Nunca mas en su vida volvió á jugar á los dados; la vista de uno de ellos bastaba para enagenar su razon; resonaron por muchos años en sus oídos los fatales números *diez! doce!...*

II.

Cinco años despues, alarmados varios señores con el saqueo de algunos castillos, verificado por la banda del terrible Juan Montiel, reunieron doscientos peones y muchos caballos, resueltos á exterminar esta formidable banda, que ya no se limitaba á cautivar los pasajeros, sino que osaba venir á insultarlos bajo las almenas mismas de sus propios castillos. El conde Enrique se puso al frente de esta fuerza, y un día, despues de haber derrotado en varios encuentros á los aventureros, haciendo ahorcar de los árboles á cuantos caian en sus manos, logró prender al fin á Juan Montiel, y haciéndolo conducir á su presencia, cuando este esperaba que iba á mandar colgarlo de un árbol como á sus demás compañeros.

—Me acuerdo, le dijo el conde Enrique, que hace cinco años érais un gran jugador de dados, aunque mi madre os ganó la partida.

—Si la hubiese perdido no estaría yo hoy en vuestro poder.

—Qué? hubieras arrojado á una madre desolada la cabeza ensangrentada de su hijo único?

—Yo cumplo siempre mi palabra en el juego y en el campo. Bien pudiérais darme el desquite.

—Quereis que yo me ponga á jugar con un bandido delante de mis vasallos?

—No jugó un bandido con la condesa delante de los suyos?

—Sea, replicó el conde Enrique; pero no olvides que la providencia protegió á la condesa, porque la cabeza de su hijo era la de un inocente.

—Y á mí me protegerá el diablo, contestó con desenfado Juan, porque soy un criminal.

Echó el conde el primero los dados en medio de la atencion

de todos sus soldados, que contemplaban aquel extraño juego.

—El *tres*! exclamó el bandido dando una feroz expresion de alegría á sus ojos al ver lo bajo del punto. Triste quedó el conde. Meneó los dados Juan con aire confiado, arrojólos sobre la mesa, y miró, anublándose sus ojos al ver el punto que le designó la suerte.

—El *uno*! gritó recobrando toda su enerjía el conde Enrique. Ballesteros, asaetead á ese hombre, y colgad de un árbol su cuerpo para escarmiento.

Dos minutos despues habia ya dejado de existir el terrible Juan Montiel.

El conde Enrique era tambien hombre que cumplia sus palabras en el juego y en el campo.

M.

HISTORIA SAGRADA.

RUTH Y NOEMI.

PIEDAD FILIAL Y CARIDAD.

I.

LA PARTIDA.

CUANDO Israel estaba gobernado por jueces sobrevinó un hambre, de resultas de la cual un hijo de Bethlehem, llamado Elimelech, abandonó esta poblacion, y en compañía de su esposa Nohemi y de sus hijos Mahalon y Chelion se trasladó al país de los Moabitas.

A poco murió Elimelech, y sus hijos se casaron con jóvenes de Mohab, llamadas Orpha y Ruth.

Despues de residir algun tiempo en aquel país, murieron Mahalon y Chelion, y Nohemi quedó sola con sus dos nueras.

Sabiendo que el hambre habia dejado de afligir á la tierra de Judá, Nohemi resolvió volver á ella.

Ya en las fronteras de Judá abrazó á sus hijas y les dijo:

—Volveos á casa de vuestra madre, y el Señor os premie lo que habeis hecho por mí.

—Irémos con vos hasta vuestra patria, respondieron Orpha y Ruth llorando.

—No, hijas mías, volveos á vuestra casa, porque ya estoy achacosa por los años, y de nada podré servirlos.

Orpha siguió sus consejos y dejó á Nohemi, pero Ruth no quiso dejarla en manera alguna.

«No os opongaís á mis deseos, dijo, porque os seguiré á cualquiera parte á donde vayais. Vuestra patria será mi patria, y adoraré al Dios que adorais.

—«Moriré en el pais que os vea morir, y si el Señor oye mi ruego, solo la muerte nos separará.»

Nohemi al oir estas palabras no quiso oponerse á la voluntad de Ruth; partieron juntas, y llegaron á Bethlehem en el momento en que comenzaba la siega.

Ruth dijo á su suegra:

—«Si lo permitís, iré á cualquiera heredad, y recogeré las espigas que se hayan caído á los segadores.

—Vé, hija mia, respondió Nohemi.

II.

LOS SEGADORES DE BOOZ.

Ruth partió para recojer las espigas detrás de los segadores. La heredad en que se hallaba pertenecía á un hombre rico y poderoso, llamado Booz, y que era de la familia de Elimelech.

Al ver á la jóven, preguntó quien era.

—«Es una moabita que ha venido con Nohemi del pais de Moab. Nos ha suplicado le permitamos seguir á los segadores, para recojer las espigas que hayan dejado caer.»

Entonces Booz, dijo á Ruth:

—«Escuchad, jóven, no vayais á otro campo para espigar, ni salgais de este sitio. Agregaos á mis hijas, y seguidlas á todas partes, porque he mandado que no os den el menor disgusto.— Cuando tengais sed, id á donde estan las vasijas del agua y bebed.»

Ruth dió gracias al cielo por el socorro que le enviaba:

«Por qué tengo la dicha de que me trateis así? dijo á Booz; por qué mirais con tanto cariño á una jóven extranjera?

—Me han contado todo lo que habeis hecho con vuestra suegra, despues de la muerte de vuestro marido, y que por ella habeis abandonado á vuestros padres y á vuestra patria para venir á un pais desconocido.

—«El Señor, Dios de Israel, os pague el bien que habeis hecho!

—Oh! gracias por vuestras palabras que han consolado mi corazon. Pero no merezco ser sirvienta vuestra.

—Cuando sea hora de comer, venid aquí y comed con mis criados, pues os lo permito.»

Despues de comer se levantó Ruth para espigar. Booz dijo á los suyos:

—«Si quiere cortar cebada, no se lo impidaís, y aun dejad expresamente caer las espigas para que las recoja.»

Por la noche habiendo Ruth limpiado el grano recogido, se halló con que tenía cerca de tres almudes de cebada. Se los echó al hombro, y dió la vuelta al pueblo para ir á casa de su suegra, á quien dió parte de lo que Booz le facilitó para comer.

—«Bendito sea el que ha tenido piedad de tí! dijo Nohemi ¿dónde has trabajado hoy?

—En la heredad de un hombre bueno y generoso, llamado Booz.

—El Señor le proteja! porque ha conservado á los difuntos el mismo cariño que les dispensaba cuando vivos. Ese hombre es pariente nuestro muy próximo.»

Ruth se agregó á las espigadoras de Booz, haciendo con ellas toda la recolección hasta que el grano quedó en los graneros.

Ni un solo día dejó Booz de ver á la jóven, la cual se presentaba en la heredad al rayar el día, y no volvía al pueblo hasta ya anochecido.

A pesar de la carga que llevaba, caminaba con rapidez, á fin de llegar cuanto antes á casa de Nohemi. Cuidaba á la pobre anciana con un zelo, una paciencia y un valor que no se resfriaron ni un instante. Jamás salió de su boca una palabra de disgusto. Viéndola Booz tan buena y tan caritativa, la tomó por esposa.

Hé aquí, queridos niños, una historia interesante, y que ofrece ejemplos que debeis seguir. Ved á esa pobre jóven que todo lo abandonó, familia, patria y amigos para consagrar su vida al servicio de la madre de su marido. El cielo no la abandona en su infortunio; la envía un bienhechor caritativo que la consuela, la alimenta, la protege, y al fin al verla tan pura y tan noble la juzga digna de ser su esposa.

Imitad á Booz, hijos míos; dirigid una mirada piadosa al pobre que os tiende la mano en señal de súplica. Escuchad sus lamentos; calmad su desesperación, y socorred su miseria, dejando caer las espigas para que las recoja. El que os implora es vuestro hermano, y Dios os bendecirá.



HISTORIA NATURAL.



EL SALMON.

EL salmon es uno de los pescados mas abundantes, y se le busca con ahinco por la delicadeza de su carne, y la facilidad con que se deja coger. Tiene cinco y aun seis pies; pero los que se ven en nuestros mercados, solo tienen dos pies de largo, y pesan doce ó catorce libras. Su carne, de color de rosa, es gruesa, sabrosa y muy nutritiva; pero no tiene las mismas qualidades en todos los paises, ni en todos tiempos, y se la debe buscar en la primavera antes que deponga sus huevos.

El salmon habita en los mares del Norte, y le gusta la proximidad de los rios, y de los arroyos, cuyas tranquilas aguas surca al fin del invierno, abandonándolas en el otoño para engolfarse en el mar, y entonces está flaco y débil. En ciertos lugares los salmones pasan á los rios cuando reina un viento llamado del salmon, y que favorece su emigracion. De este modo atraviesan en tres meses ochocientas leguas, subiendo de rio en rio hasta los arroyuelos donde las hembras escojen un fondo de arena y de cascote y aguas poco rápidas para depositar sus huevos.

Cuando surcan los rios van en grandes bandadas, dispuestas

en dos filas que forman los lados de un triángulo, á cuya cabeza se halla la mayor de las hembras, que sirve de guía, manteniéndose en la retaguardia las mas pequeñas.

El violento rumor de una cascada, el sonido de las campanas, el zumbido del cañon, y la vista de los objetos que flotan sobre las aguas, sobre todo si son de colores muy vivos, asustan á los salmones que se desordenan, desbandándose bruscamente. Se apoyan entonces en las piedras, ó solamente sobre las aguas, y saltan á la altura de quince pies; pero los pescadores los cojen entonces sin esfuerzo, y apenas el salmon sale del agua, muere, azotando el suelo con la cola. Es abundante la pesca del salmon en Asturias, Galicia y las Provincias Vascongadas.



EL ABEJARUCO AZUL.

En un dia del mes de diciembre del año anterior me paseaba en los jardines del Buen-Retiro, cubiertos á la sazón de escar-

cha, que iba derritiéndose lentamente. Poquísimas personas se hallaban por allí, porque el pálido sol que apenas rompía el velo espeso de la niebla, no era el mas á propósito para atraer al Retiro las muchas y apuestas damas, y los aplicados estudiantes que en los hermosos días del invierno se esparcen por el extenso jardín. Yagaba á la ventura por uno de los sitios mas solitarios, cuando llamó mi atención una escena interesante. Un niño de doce á trece años, perfectamente puesto, habia separado la escarcha en un corto espacio, y se entretenía en arrojar algunas migajas de pan á los pájaros que por allí habia. Detrás de él se hallaba un criado con librea, y llevaba la capa que el niño se habia quitado para no asustar á los pajarillos.

Algunos habian acudido al improvisado banquete: los gorrones y los pardales, tan aficionados á la glotonería, se disputaban las migajas mayores, sin dejar de piar: las pintarrojás descendian con timidez de la copa de los desnudos árboles para tomar parte en el festín; los abejarucos llegaban unos detrás de otros, y transportaban á los arbustos mas aislados las migajillas de pan que cojian de paso, y todos estos pajarillos cantaban, piaban y gorjeaban como para dar las gracias á su bienhechor.

Oculto el niño detrás de un árbol, miraba con alegría los deliciosos juegos de las avecillas; seguía con la vista á las que parecían mas tímidas y se quedaban detrás, les arrojaba el alimento sin asustarlas, y sourceía de placer cuando notaba que habian podido sustraer algun pedacillo de pan á la voracidad de los pájaros mas fuertes y atrevidos. Yo me acerqué al niño, y distribuí á los pobres hambrientos un bollo que acababa de comprar. El niño me dió las gracias con una sonrisa, y me dijo:

— Como los pobrecitos no encuentran su alimento en esta tierra cubierta de hielo, es preciso socorrerlos.

— Quieres mucho á los pájaros? le pregunté con interés.

— Oh! sí, me respondió volviendo á un lado la cabeza como para ocultar una lágrima; y sobre todo á los abejarucos.

Comprendí que semejante cariño encerraba alguna historia triste, y no me atreví á preguntarle mas; pero el niño prosiguió despues de un momento de duda:

— Sí, quiero á los pajarillos del campo, porque despiertan en mí recuerdos de ternura y de cariño; los quiero, no como los demás niños para atormentarlos ó encerrarlos en una jaula, privándoles del aire y la libertad que Dios les ha concedido, sino para conservar su frágil existencia, que á nadie perjudica, y encanta á todos.

Yo tenia una hermana que pensaba lo mismo que yo, aunque tenia un año menos. Pobre Cristina! Lloraba al ver sufrir á la mariposa que sorprendia sobre una flor; porque era tan amable, tan cariñosa, tan tímida! Pobre Cristina!

Dirigi una mirada al traje negro del niño, y comprendí por qué lloraba.

— En el verano último, continuó, me hallaba con Cristina en una quinta que tiene mi papá en la provincia de Granada. Nos paseábamos un día por el campo, y nos divertíamos en correr acá y allá, cuando oímos en un arbusto inmediato el ronco graznido de un gavilán. Cristina tuvo miedo, y quiso huir; pero yo la detube, y nos acercamos al arbusto para espantar al cruel pájaro de presa, que salió volando pesadamente con sus grandes alas. Plumas finas y desprendidas volaban acá y allá; separamos las ramas del arbusto, y vimos un pobre nido que el gavilán había saqueado. Los hijuelos habían sido devorados, y uno sólo estaba vivo todavía en medio de los restos sangrientos de sus hermanos, y piaba como para pedirnos socorro. Tal vez había perecido la madre defendiendo su nidada, y solo el mas endeble se había salvado.

Cristina lo cogió con su delicada mano, diciendo: — Pobrecito! no tiene madre ni hermanos, y acaso vuelva el gavilán: si lo abandonamos, morirá de hambre ó será devorado! — Pues bien! la dije, llevémonoslo, y cuando sea fuerte y pueda buscar su alimento le devolveremos la libertad.

Cristina se alegró mucho, y condujo el pajarillo á la quinta, donde le hizo un nido de algodón blanco, cuidándolo ambos con el mayor esmero.

Pronto se desarrolló nuestro favorito, y en vez del polluelo desnudo y débil que habíamos recogido, tuvimos un lindo abejaruco, vivo y esbelto, con alas azules, vientre de amarillo limón, y un penacho azulado que erguía con nobleza en sus momentos de alegría ó de cólera. Revoloteaba en el cuarto saltando y piando todo el día, como pidiéndonos la libertad, y dije á Cristina: «hemos salvado la vida á este pobre animalito para tenerlo preso?»

Cristina rompió á llorar; pero tomó el abejaruco, y los dos bajamos al jardín.

El tiempo estaba sereno, puro el cielo, y el sol brillaba en todo su esplendor. Los árboles se hallaban cubiertos de frutas, y los tiestos del patio llenos de flores. Cuando Cristina vió la naturaleza tan bella, dijo mirando al pájaro que hacía esfuerzos para escaparse.

El ingrato nos olvidará pronto! — Ambos dimos un beso á nuestro discípulo, y Cristina abrió la mano, cerrando los ojos.

El abejaruco, enagenado de placer, hendió los aires con rápidas alas, y fué á posarse en un árbol inmediato: allí comenzó á cantar como para celebrar su soltura, y por mas armonioso que era su gorgéo, desgarraba el corazón de Cristina, que se ha-

bía sentado al pié del árbol, y miraba la copa con tristeza. De repente, no pudo contener su dolor, y extendió el brazo hacía el abejaruco, llamándole: zulillo! zulillo! que era el nombre que le había puesto.

Al oír zulillo una voz tan conocida, bajó del árbol, y fué á posarse en el hombro de su tierna ama. Oh! cuán dichosa fué Cristina entonces! cuántas caricias hizo á su amigo que la agasajaba con su piquito amarillo! Mi hermana soltaba su voz dulce y musical, y el abejaruco no cesaba de cantar.

—Ya lo ves, me dijo Cristina con orgullo, zulillo no quiere dejarme!

Pobre niña! no sabía que sería su compañero en el sepulcro.

El niño se detubo, oprimido con sus recuerdos, y pasando la mano por los ojos llenos de lágrimas, prosiguió:

—Desde aquel momento se hizo mas íntima la amistad de Cristina y el abejaruco, el cual nunca dejaba á su dueño; le seguía revoloteando por toda la casa, y la conocía por el sonido de su voz y el ruido de sus pasos. El nombre de zulillo pronunciado por Cristina le hacía acudir desde el fondo del jardín donde se hallaba en libertad: por la mañana él era quien la despertaba, separando las cortinas posándose en su cabecera y picoteando los labios sonrosados de la dormida niña. Dichoso zulillo que abrazaba á Cristina antes que nuestra buena mamá y antes que yo!

Entre tanto pasó el verano, y nos fué preciso volvernos á Madrid. Mi hermana se hallaba enferma, y se decía que iban á asistirla los mejores médicos de la corte. Cuando llegamos aquí, se puso peor, y á poco no pudo salir de su cuarto.

Un día que estaba solo con ella, y la creía aletargada, me llamó con voz débil, y me acerqué á ella con presteza.

—A dios, hermano, me dijo, porque conozco que me voy á morir. Dónde está mamá?

Quise animarla, y la dije que mamá iba á entrar.

—Abrazame, me dijo.

Me incliné hacía ella para abrazarla; pero había caído sin movimiento sobre la almohada.

Estaba muerta!

Dí un grito, y caí de rodillas junto á su cama, llenó de dolor y de espanto.

En aquel momento el abejaruco que descansaba al lado de mi hermana tomó vuelo, y exhalando un cántico dulce y dolorido, se escapó por la ventana entreabierta. Creí ver el alma angelical de mi Cristina que subía al cielo con alas azules!

Al llegar aquí, cogí la mano al niño y se la estreché, dándole él las gracias con un movimiento de cabeza. Despues, viendo que callaba, le pregunté con timidez para distraerle de sus pesares:

—Y al abejaruco sabes lo que le sucedió?

Hizo un esfuerzo, y continuó:

—Luego que recobré algunas fuerzas pedí que me condujesen á la tumba de Cristina, que se hallaba en el cementerio de la puerta de Fuencarral. Me arrodillé sobre la yerba, y rogué por mi hermana; pero el canto de un pájaro que oí cerca llamó mi atención. Alzé la cabeza, y ví en uno de los cipreses un abejaruco azul, al cual llamé: zulillo, zulillo; y el abejaruco vino á mis manos.

Bañé en lágrimas á la pobre avecilla y la cubrí de besos. Al cabo de un momento fué á refugiarse á las guirnaldas de rosas que adornaban el nicho de mi hermana, como para decirme que aun pertenecía á la que yacía allí.

Siempre que he ido al cementerio he visto á zulillo cerca de su dueño, hasta que hace unos días lo hemos hallado muerto de frío en su acostumbrado sitio, porque no quiso abandonar á Cristina.

Como íbamos andando al mismo tiempo que el niño hablaba, cuando concluyó, llegábamos al patio del Buen-Retiro, donde le aguardaba un coche, y al entrar en él me dijo sonriendo tristemente:

—Por esto quiero tanto á los pájaros.

LOS RETRATOS.

Fábula.

EN un extenso salon
A la antigua decorado,
Un Marqués había puesto
De sus deudos los retratos,
Y allí un grueso mayordomo,
En un sofá recostado,
Aguardaba una mañana
Que despertase su amo.
Leía el tal mayordomo
La *Gaceta* y el *Heraldo*;
Hablaba á tontas y á locas;
De todo sabía algo,
Y porque un duque le daba
Públicamente la mano,
Y comía algunas veces
En casa de un magistrado,
Se presentaba orgulloso
Con mas vanidad que un pavo,

Un ilustre personaje

Creyóse el estafalario.

Antojósele aquel día

Pasar revista a los cuadros,

Y al examinar los rostros,

Se figuró el mentecato

Que le miraban risueños,

Sus ojos en el clavando.

Quitóse al punto el sombrero,

Y con gran desembarazo

Los saludó córtésmente

De placer arrebatado;

Y hablando luego en voz baja

Aquel mayordomo vano,

Se dijo á sí mismo alegre:

«No hay duda que mucho valgo,

Supuesto que así me tratan

Caballeros tan bizarros,

Y se sonrien al verme

Señoras de tal recato.»

Y esto diciendo cruzó

La sala con grave paso,

No sin saludar de nuevo

A aquellos nobles de trapo.

Yo tambien conozco á muchos

De talento muy escaso,

Que, porque leen un libro,

Y porque van al teatro,

Piensan que el mundo los tiene

Nada menos que por sabios;

Otros, porque visten bien,

O montan ricos caballos,

Creen que todos admiran

Su gentileza y su garbo,

Y á cuantos hallan saludan

Con cabeza, pies y manos;

Pobres tontos! no los tomeis!

Un tan prolijo trabajo,

Porque pasais por delante

De lienzos inaninados.

J. M. TENORIO.